

## LA EDUCACIÓN DE UN LIBERAL\*

R. M. Hartwell

### I

Este discurso presidencial se asemeja más a un sermón que a una conferencia. Tradicionalmente, en una ocasión como ésta el presidente habla de un tema importante para él, acerca de algo que le interesa profundamente. Eso es lo que voy a hacer. En las postrimerías del siglo xx asistimos a un resurgimiento del liberalismo o, al menos, de las ideas liberales. Pero simultáneamente se observa una declinación de la civilidad y un debilitamiento de los valores que, personalmente, considero importantes y necesarios para una buena sociedad, sobre todo para una sociedad liberal. Por ello, la sociedad occidental corre un riesgo real: el de convertirse en lo que Gertrude Himmelfarb denomina “una sociedad desmoralizada”. La falla reside, seguramente, en la mala educación de los jóvenes y los responsables son los que tienen a su cargo la tarea educativa: en particular los padres y los maestros, pero también los que contribuyen a esa tarea, los demás integrantes del grupo familiar, los clérigos y otros líderes religiosos y, en la era de las comunicaciones de alcance casi irrestricto, los modelos de roles y las personalidades de los

\* Discurso del presidente de la Mont Pelerin Society pronunciado en la reunión de Cannes, septiembre de 1994. Autorización concedida por el autor para traducir y publicar en *Libertas*.

medios masivos. La culpa recae también, en parte, sobre los gobiernos que socavan la responsabilidad de los padres y sobre los movimientos en favor de los derechos de la infancia, que tienden a subvertir la influencia de padres y maestros y a impulsar al niño a asumir responsabilidades a una edad tan temprana que es muy posible que se sienta confundido y preste atención a consejos contrarios a sus propios intereses. ¿Qué puede hacer, entonces, un padre liberal?

## II

Dice George Stigler que el problema constante de un liberal consiste en “idear un mundo descentralizado y despolitizado en el cual la libertad personal y la eficiencia económica tengan amplio alcance y estén bien defendidas”. Yo, como padre liberal, deseo algo más que eso. Deseo un mundo en el que se reconozca y elogíe una buena conducta; en el que exista un consenso generalizado acerca de lo que es correcto y lo que es incorrecto; en el que se valoren sobre todo virtudes como la civilidad, la simpatía y la benevolencia, la decencia, la veracidad y la honestidad. Quiero que mis hijos y nietos se comporten bien y posean las virtudes que acabo de enumerar. Pero aunque es posible garantizar la libertad y la eficiencia, o hacerlas más seguras, a través de instituciones tales como el estado de derecho y el mercado libre, no se puede determinar institucionalmente una conducta virtuosa, o bien ésta sólo depende en parte de la existencia de instituciones favorables. Ni siquiera la familia, que es la más antigua y acrisolada de todas las instituciones, puede garantizar la buena conducta de sus miembros, aunque una familia estable es la unidad social más eficiente y más deseable para la educación de los niños y la más capacitada para criar niños virtuosos.

En la actualidad vivimos en un mundo peligroso, en el cual existe la convicción generalizada de que la civilización está declinando o enfrenta la amenaza de la declinación. Esta convicción se pone de manifiesto en las estadísticas sobre el aumento del crimen y de la violencia, los conflictos radicales y los desórdenes civiles, el resurgimiento de la intolerancia (ejemplos

de ello son el fundamentalismo religioso y la doctrina de la política correcta), el incremento de la descortesía y de los malos modales, de la ilegitimidad y la delincuencia juvenil, de la deshonestidad en el gobierno y en los negocios, de la decadencia de la familia y del fracaso de la educación en lo que respecta a combatir todos estos males. Frank Knight, miembro distinguido de esta sociedad, ha dicho que “en todas las sociedades ha habido siempre gran parte de deterioro”. Pero si bien es cierto que cada época tuvo sus males, no hay duda alguna de que en la nuestra se encuentran en aumento, y esta realidad se refleja, en Inglaterra y en muchos otros lugares, en enérgicos debates acerca de “la ley y el orden” (cuáles son las causas del crimen y cómo combatirlo), la “moralidad” (cuáles son las costumbres y las normas que sirven de fundamento a un orden moral), la “familia” (cuáles son las causas y consecuencias de la decadencia de la familia y qué se debe hacer para ponerle remedio), y la “educación”. Lo que me interesa aquí son los componentes de una sociedad moral y liberal, y la disminución en la calidad de la educación y el temor justificado de que las escuelas estén fomentando valores antisociales, antiliberales y hasta inmorales. No obstante, existe desacuerdo en lo que respecta a los elementos constitutivos de un orden moral y a cómo se debe educar y cuáles son los contenidos de la educación. Ambas cosas preocupan a un padre responsable. Para un padre liberal, es obvio que una buena educación debería, al menos, hacer que el niño adquiriera un conocimiento crítico del liberalismo y de sus alternativas (sus valores y logros en un determinado contexto histórico) y asegurar, asimismo, un elevado nivel de conocimiento en el aula. No obstante, un liberal contempla con escepticismo cualquier prescripción, por dos razones: por su creencia en la opción como característica esencial de una sociedad libre y por las consecuencias inciertas de una educación planificada. Gran parte del pensamiento liberal ha profundizado en la provisión de educación, con el propósito de aumentar las posibilidades de opción y quebrar el monopolio estatal de la educación, y se han criticado algunas de las más necias intervenciones del Estado en materia educacional, como el *busing* en los Estados Unidos y la destrucción de las escuelas primarias en Inglaterra; ambas políticas tenían como objetivo, paradójicamente, una mayor igualdad y una mejor calidad en la

provisión de educación. Los pensadores liberales han teorizado menos acerca de los contenidos de la educación, si bien han hecho formidables críticas al movimiento progresista y han expresado sin reservas su confianza en la enseñanza de la lectura, la escritura y la aritmética como ingredientes básicos de la educación en sus primeras etapas.

¿Tienen los contenidos una importancia fundamental en el momento de juzgar un programa educacional? Es posible que algunos de ustedes hayan tenido experiencias similares a las mías en mi condición de abuelo de niños educados en escuelas privadas en las que se inculcan sistemáticamente prejuicios antiliberales. El hecho de que se privaticen las escuelas —una política de oferta colateral que propugnaron los liberales— no garantiza una educación que pueda contar con la aprobación de un liberal o lleve necesariamente a desarrollar una mentalidad liberal. Incluso aunque exista un programa cuyos contenidos sean aprobados por un liberal, no hay certeza alguna de que sea posible implementar con éxito una educación semejante. Hay, pues, dos incertidumbres: el contenido de la educación que un padre liberal pueda desear para sus hijos y los medios por los cuales se puede proporcionar satisfactoriamente esa educación. El liberal hace hincapié en que cada individuo es único y en la importancia de la autonomía individual, la diversidad de capacidades y deseos, la variedad de contextos en los cuales los individuos puedan vivir y trabajar y, por lo tanto, en la necesidad de diversificar la provisión y los contenidos de la educación. El problema fundamental para un padre que desea asegurar a sus hijos una buena educación consiste en elegir entre las opciones existentes.

### III

Hayek nos da, quizá, la respuesta acerca de lo que debería buscar un padre liberal. Él considera que esta sociedad debe estar asentada sobre un basamento autoritario en lo que respecta a los valores que fundamentan la civilización europea: “el carácter sagrado de la verdad”, “las normas ordinarias de decencia moral”, “una acción afirmativa hacia la democracia”, “una creencia común en el valor de la libertad humana” y “la oposi-

ción a todas las formas de totalitarismo, de derecha o de izquierda”. La creencia en la verdad, la moralidad, la libertad y la democracia. Estas creencias encierran muchos de los valores que un liberal desearía que se enseñasen a sus hijos, pero la lista es incompleta. Al agregar los valores enunciados por Hayek a aquellos que los liberales aceptan como deseables en una buena sociedad, el resultado es una larga lista que puede ser dividida convenientemente, a los fines de la exposición, en cinco grandes grupos centrados en la civilidad, la moralidad, la objetividad, la libertad y la creatividad. Cada uno de ellos merece una consideración detallada, pero aquí sólo podremos dedicarles un breve análisis.

*Civilidad.* La civilidad consiste, básicamente, en el respeto por los otros, en la simpatía y la comprensión que se les brindan, en la paciencia y la amabilidad en el trato con ellos y en la cortesía y la urbanidad en las relaciones sociales. El liberal debe ser un maestro en el arte del discurso civilizado, evitar la rudeza y lo que Adam Smith denomina “la insolencia y la brutalidad de la ira”.

*Moralidad.* Hayek ha escrito que “un sistema moral debe producir un orden en funcionamiento, capaz de mantener el aparato de la civilización que presupone”. Un sistema semejante incluye la civilidad, pero también la honestidad, la veracidad, la decencia y la justicia en el trato con los demás, creando así las expectativas de un orden moral estable y una obligación recíproca en los otros de actuar de la misma manera. Ser moral es conocer la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto, entre lo que hace posible una buena vida y lo que la frustra, y actuar en consecuencia. Tal como lo afirmó Adam Smith, las normas morales “son reconocidas y establecidas universalmente por los sentimientos coincidentes de la humanidad”, y se apela a ellas como al “paradigma del juicio”.

*Objetividad.* La objetividad proviene de la creencia en el análisis desinteresado y crítico de los hechos y de los problemas; de la determinación de entender y respetar la evidencia cualquiera que sea su origen; de creer que una proposición es verdadera o falsa, o que algo es pertinente o no lo es; de una consideración de los fundamentos en los que

se asienta la validez; de un deseo de buscar la verdad sin rencor ni prejuicio; y de saber que las autoridades sólo son tales en la medida en que sus argumentos son válidos. Una objetividad crítica requiere la convicción de que lo más importante es la verdad y el coraje en la lucha incesante contra el prejuicio y la parcialidad interesada. El crítico, como lo puntualiza Croce, lleva “una vida plena de riesgo y de lucha”.

*Libertad.* El concepto fundamental de la idea de libertad es el del individuo autónomo, capaz de hacer elecciones libres y de seleccionar sus metas entre las diversas opciones disponibles. Para el liberal, la educación es el proceso por el cual se provee al individuo de conocimientos y comprensión, como prerrequisito para que llegue a ser una persona autónoma. Los que creen en la libertad respetan al individuo y son escépticos en lo tocante a la autoridad, alientan la independencia y se oponen a la imposición de creencias y acciones.

*Creatividad.* La mente liberal es escéptica y creativa. Su escepticismo tiene como origen el reconocimiento de las limitaciones del conocimiento humano y de la complejidad de las instituciones humanas. El liberal sabe que el avance del conocimiento y de la comprensión es dificultoso y lento, y no consiste en la mera recopilación de hechos sino en la tarea creativa e imaginativa de ir más allá de los hechos. El liberal rechaza “el pensamiento utópico, las esperanzas centradas en el más allá y la práctica revolucionaria”, puesto que considera que han hecho más mal que bien; también se opone a la creencia en “la perfectibilidad del hombre” y a la planificación destinada a lograr este objetivo. El cambio siempre tiene consecuencias impredecibles y plantea nuevos problemas. El liberal es un pluralista, alguien que reconoce la existencia de una diversidad de fines y medios, de los conflictos de intereses y de la necesidad de conciliar las diferentes demandas de los individuos autónomos. A la comprensión se llega de distintas maneras, y es preciso desarrollar diversas formas de comprensión para diferentes situaciones. Esto es tanto un arte como una ciencia, y requiere no sólo conocimientos sino también simpatía e imaginación, así como inventiva.

Idealmente, al adquirir estos valores mediante una educación

apropiada el niño puede desarrollar una mente liberal, tal como lo dice Isaiah Berlin: “nunca debemos dejar de buscar el conocimiento y el esclarecimiento, ni perder virtudes tales como el sentido común, la decencia, la civilidad, el juego limpio, la gentileza, la libertad, la justicia, la mesura en el juicio y la aproximación gradual a los problemas difíciles”. “Debemos proceder con claro pensamiento perceptivo, con escepticismo acerca de los hechos, con algunos principios básicos y con disposición a dar y recibir en el debate moral y político.”

#### IV

Es más fácil describir la virtud que adquirirla, enumerar valores que enseñarlos. Los padres tienen la obligación ineludible de inculcar a los jóvenes la virtud y los valores. Sobre los padres, y muchos de nosotros lo somos, pesa la tremenda responsabilidad de dar el ser a sus hijos, proporcionarles un hogar, vestirlos, alimentarlos y educarlos. Entiendo por educación lo mismo que J. S. Mill: “Todo lo que contribuya a formar al ser humano, a hacerlo lo que es o impedirle que sea lo que no es, forma parte de su educación”. Lo cual significa ampliamente, después de la satisfacción de las necesidades básicas, la obtención de conocimientos, aptitudes y valores. Lamentablemente, las responsabilidades parentales han sido socavadas por el cambio en los valores y por la intervención del Estado; esto hace que en la actualidad muchos padres crean que el gobierno es responsable de la educación. Pero aunque algunos no tomen en serio sus responsabilidades siguen teniendo una influencia importante, casi diríamos decisiva, sobre la educación de sus hijos. Desempeñan un rol fundamental en su desarrollo hasta que llegan a la pubertad, piensen como piensen y hagan lo que hicieren. La mente liberal se forma en los primeros años, y los hábitos de pensamiento adquiridos en esta etapa temprana de la vida persisten en la edad adulta, sean cuales fueren las vicisitudes que traigan aparejadas las experiencias posteriores. Las opiniones pueden cambiar en forma permanente o temporaria, pero valores como la simpatía, la amabilidad y la consideración para con los demás rara vez se pierden por completo.

¿Cómo puede un padre liberal estar seguro de que su hijo llegará a ser liberal? No puede estarlo. Si analiza su propio liberalismo y el de otros padres, le será difícil identificar una educación que garantice el liberalismo de su hijo. El ejemplo de los padres no es una condición necesaria, porque muchos niños reaccionan, a veces violentamente, contra las ideas de sus padres, aunque esto no es lo usual y no constituye una pauta constante. Tampoco el maestro liberal tiene asegurado el éxito, porque también las opiniones de los maestros generan la reacción de los niños, si bien esto tampoco es constante. Se ha sugerido que las ideas políticas están determinadas genéticamente. Dicen Gilbert y Sullivan: "Cada niño o niña, nacido vivo en este mundo, es un pequeño liberal o un pequeño conservador". En lo que respecta a la formación de los valores, no acepto ni la teoría simplista de la reacción ni la teoría del determinismo genético. La educación, impartida por los padres o por los maestros, tiene para ello una importancia vital. Las mentes jóvenes responden a las enseñanzas que se les inculcan, y aun los adultos experimentan notables conversiones en lo que respecta a sus convicciones. Hoy en día hay en el mundo liberales de nuevo cuño que hasta hace muy pocos años eran socialistas y que ahora proclaman las virtudes del mercado libre.

Un padre liberal debe creer profundamente en la superioridad demostrable del liberalismo como sistema, y esa superioridad será reconocida por el niño que reciba una educación liberal y a quien se le enseñen las virtudes de la civilidad, la moralidad, la objetividad y el respeto por la libertad. El liberal debe comprender que el liberalismo necesita de la civilidad y la simpatía para hacer tolerables las relaciones humanas; de la honestidad, la veracidad y el respeto por los acuerdos para permitir el eficiente funcionamiento de la economía; de la objetividad para posibilitar decisiones y juicios racionales y desinteresados; de la libertad para que el individuo autónomo tome sus propias decisiones en forma irrestricta; y de la imaginación y la creatividad para engrandecer y enriquecer a la sociedad y a sus bienes. Por supuesto, el buen funcionamiento de un sistema liberal requiere también acuerdos institucionales, como el mercado libre, pero para que éstos sean eficientes es esencial que la conducta de los individuos tenga las caracterís-

ticas mencionadas. Las virtudes liberales y las instituciones liberales son interdependientes, y una buena sociedad es también una sociedad liberal, en la que existe armonía entre la conducta y las instituciones.

## V

El niño comienza su vida con determinada dote genética, que incluye la psiquis y la inteligencia, pero también con un medio social determinado. La formación de su carácter y el establecimiento de sus valores dependen, en primer lugar, de la pertenencia a una familia con características particulares. Los padres transmiten o tratan de transmitir a su hijo, consciente o inconscientemente, aptitudes, conocimientos y valores que luego son acrecentados por las enseñanzas de otros, que pueden reforzar la de los padres o entrar en conflicto con ella. Obviamente, la familia es un medio eficiente para la educación de los niños, especialmente efectivo si se trata de un grupo familiar estable entre cuyos miembros existen relaciones afectuosas: entre los padres, entre éstos y los niños y entre los propios niños. El niño prosperará mejor con la seguridad emocional que proviene de tener padres amantes y bien avenidos y en el marco de una familia amplia que lo haga sentir miembro de un grupo más numeroso y unido, con intereses comunes. Si hay más niños en el grupo familiar, o en la familia amplia, el niño aprenderá a trabajar y a jugar con los otros, a ser cooperador o, al menos, competitivo sin malicia y sin provocar conflictos. Si éstos existen, los padres deben refrenarlos. En un medio como ése, el niño adquirirá virtudes tales como la civilidad y la simpatía, que provienen de la disposición a dar y recibir de los individuos que conviven en un grupo, y de la mesura en el trato. La civilidad hace que la relación con los demás sea efectiva, aceptándolos tal como son y respetando sus intereses, reconociendo al mismo tiempo que las diferencias individuales y los conflictos de intereses son endémicos en las relaciones humanas. En una familia estas diferencias y conflictos se tratan naturalmente con simpatía y tolerancia, a menos que esté frustrada por una conducta parental perversa o por intereses externos destructivos.

Pero aun cuando su carácter y sus valores hayan sido formados

fundamentalmente en el seno de la familia, el niño no puede evitar el contacto con el medio en que ésta vive y el mundo al que pertenece. Por ejemplo, rara vez le es posible eludir la educación escolar obligatoria impartida fuera del hogar. J. S. Mill ha dicho que, en cierto sentido, la educación es "la cultura que cada generación da expresamente a los que serán sus sucesores, con el propósito de calificarlos para que mantengan, al menos, y si es posible para que eleven el nivel de progreso que ha sido alcanzado". El conocimiento de esta herencia cultural proviene del estudio de las humanidades, que constituyen el núcleo tradicional de una educación liberal, y depende en gran medida de una buena enseñanza escolar. Y ésta depende a su vez de la riqueza de una sociedad y de su estructura política. Como es obvio, una sociedad democrática con un elevado estándar de vida proporciona un medio favorable para el desarrollo del niño; pero tales sociedades tienen también su cuota de delincuencia. No obstante, la enseñanza de las humanidades puede constituir una influencia civilizadora: la literatura permite desarrollar una apreciación de la vasta producción literaria de todas las épocas y de la imaginación creadora; los idiomas brindan acceso a otras culturas y amplían las posibilidades de elecciones y de formas de vida; la filosofía prepara la mente para el análisis crítico de los datos y desarrolla la capacidad de relacionar las evidencias con las conclusiones; la historia muestra el nexo de unión entre el pasado y el presente y hace posible la comprensión de las instituciones que conforman y restringen la acción humana, de las cuales la más importante es el Estado. El estudio honesto de estas disciplinas es la manera más segura de demostrar las virtudes del liberalismo y de proveer los elementos intelectuales básicos para la formación de una mente liberal.

## VI

Una educación liberal puede definirse con más facilidad en términos negativos que en términos positivos: no es utilitaria ni sirve a intereses; no es vocacional ni profesional; no es especializada ni parcial; no es conformista ni acrítica; no es una educación para la acción. De esto se infiere que una educación

liberal es todo lo contrario de lo que no es: es desinteresada, general y universal, crítica y creativa, es la educación para desarrollar el pensamiento y el entendimiento. Para los griegos una educación liberal estaba orientada a la adquisición del conocimiento de la realidad con el propósito de comprenderla. El bienestar personal se encontraba en el estado de conocimiento, más bien que en el de creencia. El estado de conocimiento hacía posible evaluar críticamente la autoridad, desarrollar la inventiva y la imaginación en lugar de tener un mero conocimiento de un conjunto de hechos, realizar opciones racionales, evolucionar como un individuo autónomo. La educación era un proceso que tenía como objetivo el cultivo de la propia persona y no estaba dirigido a alcanzar metas utilitarias, en contraste con gran parte de la educación moderna, cuya finalidad práctica se da por sentada. En verdad, hoy en día vemos que la educación está destinada a satisfacer necesidades técnicas y profesionales de acuerdo con intereses especiales y protegida por la infame disciplina de la política correcta. Es obvio que hace falta un entrenamiento vocacional y profesional, pero no debería tener como resultado "el triunfo de una política educacional que [...] [considera] la nivelación de todas las disciplinas a la altura de una mente utilitaria como el pasaporte a una Utopía materialista dirigida por funcionarios". Una buena educación tiene su propia etapa utilitaria que no extinguirá necesariamente los valores liberales si está precedida por otras dos etapas: primera, y más temprana, la etapa del aprendizaje de las herramientas educativas básicas —lectura, escritura y aritmética—; y segunda, una etapa liberal en la cual el conocimiento y la conducta estén orientados hacia los ideales liberales, no por adoctrinamiento sino por la necesidad, propia del sentido común, de entender el mundo y convivir amigablemente con los demás y por el desarrollo del talento creativo y de la imaginación.

## VII

He enumerado y descrito los valores que, en mi concepto, son necesarios para una sociedad liberal. He identificado los ingredientes intelectuales que considero necesarios para una educa-

ción liberal. Pero, fuera de destacar la importancia de la familia como unidad educativa y la responsabilidad de los padres en lo que respecta a procurar que sus hijos sean educados de acuerdo con principios liberales, no he dado ni puedo dar una prescripción precisa sobre los contenidos de la educación ni sobre su provisión institucional para garantizar que el niño reciba una educación liberal o que esa educación forme una mente liberal. La creencia de un liberal en la elección impide cualquier forma de "corrección liberal" que asegure sus objetivos. La creencia de un liberal en la capacidad creativa y el ingenio de los seres humanos y en la complejidad y los conflictos de intereses inherentes a la sociedad humana lo hace escéptico acerca de las fórmulas y los planes. Lo que el liberal puede hacer es poner el acento sobre la responsabilidad parental y siempre, en su propia vida y en su trabajo y a través de instituciones como la Mont Pelerin Society, debe apoyar los valores y las causas liberales y oponerse a aquellos valores y a aquellas causas que amenacen la libertad del individuo. Conviene recordar que una mente servil es aquella que es incapaz de ejercer la crítica, y que un Estado servil es el que no experimenta oposición ni crítica.